





**VIAJE A LA REDENCIÓN**  
**Una odisea por la vida**

**Novela**



**VIAJE A LA REDENCIÓN**  
**Una odisea por la vida**

**WILLIAMS A. GARCÍA**

**diciembre 2020**



*A mi esposa; Lorna.  
A mis hijos; Jonathan, Winifer y Wendy.  
A mis Nietos; Wender y Mathias.*





*“Amo al que hace de su virtud su afán y fatal destino; pues por su virtud quiere seguir con vida y no quiere vivir más”.*

***Friedrich Nietzsche***



Categoría: Novela.

Título del Libro:

VIAJE A LA REDENCIÓN

Una odisea por la vida

Autor, edición y diagramación

Williams A. García

[willantgaroro@gmail.com](mailto:willantgaroro@gmail.com)

Primera edición 2020

Formato: 17 x 24 cm, rustico pegado.

Papel Blanco 75Grs, Blanco y Negro.

Ilustración, caratula e impresión:

[autoreseditores.com](http://autoreseditores.com)

Publicado por Williams A. García  
Venta y distribución: [autoreseditores.com](http://autoreseditores.com)



\*\*\*

En la explanada extensa del solitario valle, una figura empequeñecida por la distancia transita el camino yermo y pedregoso. Los sonidos continuos y repetitivos que la acompañan, brotan incansables como aplausos metálicos que chocan entre sí, creando un tintinear de objetos que junto al viento y al vaivén de la carreta, son movidos por manos invisibles que las hacen redoblar como campanas de anuncio que advierten su paso por el desolado territorio.

Durante ese lento recorrido, el eco cadencioso se esparce rápidamente por toda la extensión desértica, formando un compás musical discordante y extraño que canturrea una canción triste que hablaba sobre la soledad.

A través del valle, el sol abraza el terreno polvoriento con su luz acogedora e implacable, evaporando todo vestigio de humedad, mientras que desde el sendero, las piedras dejan oír sus lamentos reiterados, vociferando el maltrato que las ruedas les producen al pasar. Unas ruedas oscilantes y abatidas que se aferran débilmente a los cubos de barrigas desgastadas, y donde las volanderas y estornijas, agotadas por el uso incesante y de trajín continuo, se afianzan con brío para evitar el desprendimiento.

Al frente, con la mirada serena y melancólica, las mulas avanzan pausadamente remontando con esfuerzo y sin mostrar cansancio, la ladera alfombrada de piedras, tirando con vigor el vehículo cargado a reventar mientras se bambolea peligrosamente ante el desgarrado sendero.

En su avance, el antiguo carromato expresa quejas estructurales en un crujir nostálgico de maderas añejas ya desgastadas por un uso sin pausa con abultadas cargas que logran someterlo y maltratarlo poco a poco mientras aquel sempiterno deambular persista.

El día era claro y despejado, aunque húmedo y caluroso, lo que hacía el trayecto sofocante y cansino. En tanto que la sed le golpeaba, por un lado, y por el otro, los elementos, el agotamiento y el letargo, minando con pujanza la resistencia del viejo para obligándole a extremar la búsqueda de un lugar ventajoso en el cual descansar.

En aquel hombre de edad, con el rostro surcado de arrugas y la piel curtida por las incontables horas bajo el sol, se deja ver la extenuación del tiempo cumplido en una existencia de trabajo duro e incesante, aunque a sabiendas y a pesar de ello, manteniendo ese aire de fortaleza y decisión que solo los hombres acostumbrados al trabajo riguroso exhiben a pesar de la edad y la enfermedad.

En sus ojos sagaces y grises, se nota sucintamente el deseo ferviente y profundo de que aquella vida debía concluir ya. Un deseo que iba unido a la resignación de continuar su vagar penitente hasta que el cuerpo tomase la

iniciativa para la sentencia final, y en colofón, unirse a su familia, guiado por la mano del destino a través de los senderos de la eternidad.

Camilo es su nombre. Un septuagenario fortachón acostumbrado al trabajo duro. Criado en un pueblo minero en el que la extracción carbonera fue el trabajo común junto a la transformación del carbón. Su padre, al igual que su abuelo, trabajaron y literalmente murieron haciéndolo, y él, vulnerando la tradición, y evitar el mismo destino, se dedicó al uso doméstico y la industria del mineral.

Su vida había sido buena y feliz. Con una familia constituida por una esposa maravillosa como la describía cada vez que se refería a ella, y un hijo del que decía; «Es demasiado hijo para un padre como yo», expresión que con frecuencia usaba al recordarlo con nostalgia y entre lágrimas.

La desdicha de su vida llegó años atrás. Día funesto en el que hallándose fuera de casa, recibió la noticia sobre la muerte de su familia atrapada en la vivienda tras un voraz incendio.

El hecho acabó con la motivación de su existencia. Todo aquello por lo que había peleado. Había Perdido para siempre a quienes le impulsaron a seguir luchando la batalla de una vida dura. El fuego se los arrebató sin miramientos ni arrepentimientos, dejándolo sin estímulos para proseguir.

Se despidió de ellos al enterrarlos en el campo de siembra que su hijo había cultivado con esmero, dejando todo lo que para ese momento representó solo los recuerdos tristes de una vida que ya no existía. Una vida donde el destino jugó sus cartas, y le ganó de la manera más cruel posible.

Desde ese instante, decidió partir e iniciar un viaje sin destino. Un viaje propiciado por un deseo; vagar por los caminos comerciando antigüedades, y así, cumplir el sueño de su querida Esmeralda; Ser anticuaría. Razón que le llegó al recordar cómo su mujer, alegremente le decía:

—¡Camilo!, ¿Crees posible que en algún momentos nos iremos por los caminos de Dios a encontrar antigüedades?—

Él nunca le respondió la pregunta. Solo se limitó a sonreír y mirarla con el amor que sintió por ella desde el día que la conoció.

Esmeralda fue una mujer con un ferviente gusto por el pasado y la historia. Con un vasto conocimiento a pesar de no contar con una elevada educación. Su vida la había dedicado a ayudar a los demás. Era rebelde y bondadosa, luchadora y fuerte oponente de lo injusto, y por supuesto, su gran sueño; convertirse en una experta coleccionista. Ahora ese maravilloso sueño había muerto con ella. Ya no podría viajar y buscar sus anhelados tesoros.

Ahora que no estaba, Camilo tomaría esa tarea para sí. Le tocaba a él seguir aquella quimera que perdurará hasta que la vida le pida cuentas y los lleve nuevamente con sus seres queridos. Por lo que finalmente le respondió ante su tumba;

—Está bien querida, iré por ti a transitar los caminos y buscaré los tesoros que tanto anhelaste.

Desde aquel instante, inició su periplo eterno y sin descanso un viaje de destinos casuales de aventuras y desventuras en los que de alguna manera intentaba expiar las culpas que sentía al no evitar la muerte de su querida familia.

\*\*\*

La ladera hasta la cima de la colina resultaba más difícil de lo esperado. Las piedras que conformaban la ruta habían hecho un trabajo devastador en los ejes de las ruedas, desajustándolas sin que Camilo se percatara de ello.

Una vez en la cumbre, divisó el paraje arbóreo que le esperaba en la distancia. Lo que tenía al frente era un paisaje totalmente inverso a lo que había recorrido previamente.

Desde su ubicación, se podía ver una frontera que dividía el lugar en dos zonas totalmente opuestas, en la que la vegetación exuberante y espesa, así como la extensión que cubría prácticamente todo el horizonte, resaltaba y se notaba hacia el noreste, un rapado y zigzagueante camino que se adentraba en la espesa vegetación que se internaba en la desconocida negrura boscosa, cuyas frondosas copas, permanecían revestidas por una niebla tupida que como manto gigante y limitante, imposibilitaba divisar buena parte del horizonte selvático.

Hacia el sur, en el lado opuesto, toda aquella cuantiosa espesura desaparecía contrastando con el camino que se acoplaba a su par rocoso hasta en la zona desértica. Eran como las dos caras de una moneda exageradamente rara.

Camilo miró a su compañero de viaje, su perro, “Panchito”, y le dijo con recelo:

—Amiguito, este lugar me da mala espina, es chocante. No me gusta nada. No es normal lo que veo. Creo que vamos a tener que sortearlo rápidamente. No deseo permanecer mucho tiempo por aquí.

El animalito con aparente entendimiento, meneó su cola. Le miró alegremente ignorando el comentario, y presuroso, volvió a lo suyo echándose en su sitio mientras que el viejo se disponía a descargar algunas cosas de la carreta e improvisar un sitio de descanso. La noche estaba cerca, por lo que no era prudente continuar adelante en aquel sendero desconocido en plena oscuridad.

Desmontó utensilios, recolectó leños secos para la fogata e improvisó un lugar en el cual cocinar. Dio de comer a los animales y comió él. Luego, desató a las mulas y las dejó cerca de los arbustos aledaños para permitirles descansar a su aire.

La noche abrazó el lugar con su negra túnica, mientras el frío, como un cómplice compañero, hizo lo suyo para perturbar todo aquel no apto para salvar la prueba nocturna.

Camilo dispuso su lecho bajo la carreta colocando mantas y se acostó luego pasado un tiempo de haber saciado el hambre.

El cansancio doblegó pronto la humanidad del anciano y durmió en brazos de Morfeo con una incómoda y profunda pesadilla.

—¡Camilooo!, ¡Camilooo!, ¡Ayúdanos por favooooorrr!

Esmeralda gritaba desesperada mientras Camilo pateaba fuertemente la puerta tratando de abrirla. Las llamas en su desesperada voracidad, salían desde todos los rincones y ranuras posibles de ventanas y puertas, agitándose como brazos al despedirse y transformando su hogar desde su natural esencia en un lugar de desolación y dolor.